

SI 6093

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

46

Gregorio Cordero y León

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1966



E861.4

si6093

m. h. 141275 (way)

E 805
V 487
SI 6093

GREGORIO CORDERO Y LEON

Esta Voz apasionadamente humana, esta Voz que llama a lo humano desde unos caminos encendidos de imposibles distancias, poblados de angustias, colmados de tremendas verdades que duelen con dolor intenso el alma...

Esta Voz buscando lo humano en el hombre, tentando lo humano en el hombre, muchas veces quemándose en el fuego de los sacrificios que hubo de prepararle lo humano, algunas veces sintiendo cercanías humanas de extrañas claridades, pero siempre, siempre, siempre encendida en la inverosímil aventura de buscar en el hombre lo humano...

Esta Voz de hombre probado en todos los sutiles sufrimientos íntimos, en todas las tormentas interiores, en las interrogaciones hondas que no encuentran respuesta jamás...

Esta Voz de pura humanidad prendida solamente en esto: en ser cierta y humanamente humana... Esta Voz pronunciando las palabras que queman por ser verdaderas, por ser humanas, por no encontrar eco en lo hondo humano...

100-20-7107
100-1

Esta Voz de la lírica dolida, de la lírica triste, de la angustiada lírica aun en los momentos de éxtasis de amor...

Esta Voz diciendo una lírica doliente poblada de presentimientos, ciertamente sabedora de lo que vendrá después, ampliamente conocedora de lo que será mañana luego de las ingenuas fiestas apasionadas...

Esta Voz de una lírica temblante ya no de lágrimas, sino de quemadura de las lágrimas... Esta Voz llagada antes mismo de la herida, dolida antes mismo de la herida, intensamente sufrida antes mismo de la herida...

Esta Voz hermana de los hermanos, de todos los hermanos, pero mucho más de los hermanos que sufren, de los hermanos que piensan, de los hermanos que quieren, de los desesperados hermanos que no encontrarán en su camino las fáciles resignaciones ni los olvidos voluntarios... Esta Voz en fuego vivo, en fuego humano, en llamarada...

Esta Voz alta de verdades que ofrece a los hermanos, buscando dolidamente en lo humano el amor y en el amor lo humano... Esta Voz dicha desde el gran dolor de ser hombre y también desde la incomparable grandeza de ser hombre... Esta Voz intensa, profunda, alta...

Esta Voz es la Voz del hombre, con todas sus alucinaciones, con todas sus esperanzas, con todas sus tristezas, con todas sus preguntas incontestadas, con su inmensa inmensidad de desesperanzas... Es-

tá dicha sin reservas, sin rodeos, sin evasiones: es verdadera como el hombre que la dice y como la gran tristeza humana...

Esta Voz que grita o que canta, que impreca o que solloza, que maldice o que pide, esta Voz que tiene la más alta dimensión humana, que es lo humano y también lo sobrehumano...

Esta voz, hermanos soñadores, hermanos poetas, hermanos luchadores, hermanos Quijotes en cualquier senda del espíritu o la vida en la que se quema lo imposible, es la Voz hermana... Hace poco, hace poco en los calendarios humanos, se hundió en su altura hacia unas constelaciones inencontrables... Esta Voz que se fue sin irse nunca, esta Voz que estoy queriendo darla a vosotros, a los que padecéis persecuciones por la belleza, a los que padecéis persecuciones por la justicia, a los que padecéis persecuciones por tener un alma luminosa que ilumina demasiado para andar los caminos humanos...

Esta Voz hermana hundida en su infinito, esta alta Voz hermana que pareciera estar lejos, lejos, lejos, y, no obstante, está cercana a mi alma y cercana a las almas...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

GREGORIO CORDERO Y LEON

De este hombre superior, de su talento fuerte,
de su palabra insigne, de su pujanza plena,
en la urna cineraria depositó la Muerte,
gloriosa de ser Muerte, la plenitud serena...

Oriundo de la luz cabal del mediodía,
viviente en el cenit, para prestigio humano,
magno de luz solar y magno de armonía,
se marchó por la ruta del propio meridiano...

Devoró su cadáver la magnitud del fuego...
Le salió del cadáver y de la llama, luego,
el resto del espíritu que en los muertos perdura...

Y se perdió tranquilo por las lindes sin nombre,
dejando en las cenizas las huellas en que el hombre
afianza su salto sobre la noche pura...

Remigio Romero y Cordero

GREGORIO CORDERO Y LEON

LAS PALABRAS DEL HOMBRE

POEMAS DE MENSAJE

A LEON FELIPE,

montaña iluminada y mano amiga



EL POEMA UNO

Aviento mis palabras hacia el norte y el sur,
hacia el este y el oeste también
y también hacia arriba y hacia abajo.
En la tierra, en el aire y en el agua
y en las tinieblas y en la luz,
viajarán mis palabras entre todos los rumbos,
sobre todos los pétalos de la Rosa de los Vientos.
Disparo mis palabras sobre ti, sobre los otros y aun sobre mi
mismo,
en búsqueda de un hombre que aliente la ineluctable y heroica
voluntad de serlo.

Tú, mendigo; tú, hampón; tú, prostituta:
hacia vosotros lanzo mis palabras.
Las flecho sobre el rey y el sacerdote,
sobre el banquero y el burócrata,
sobre el sabio y el necio,
sobre el juez y el verdugo y el reo;
porque, si en uno siquiera de los hombres hacen blanco mis
palabras,

yo habré, entonces, conquistado mi nombre.
Y es mi nombre el más claro de los nombres,
y el más fuerte, el más poderoso,
y el más fecundo y glorioso:
¡me llamo Hombre!

No soy un sembrador.
(¿Existió alguna vez un sembrador?)
Tampoco he descubierto algo veraz o algo bello.
Yo no sé nada ni pretendo nada.

Mis palabras a ninguno responden.
(Un solo hombre, de entre todos los hombres de todos los
tiempos,

osó llamarse "El Respondedor",
y tampoco ese respondió nada a nadie).
Mis palabras a ninguno interrogan,
aunque todos los hombres de todos los tiempos
tan solamente hicieron eso: interrogar.
Sabedlo bien: yo no soy uno que sabe
ni uno que enseña
ni uno que responde
ni uno que pregunta;
yo, únicamente soy uno que pronuncia palabras, las lanza, las
flecha,

las alienta, las dispara,
sin intención, sin fuerza y hasta sin voluntad,
sin importarle que le insulten o le ignoren, le loen o le befén.
sin solicitar que le comprendan,
sin esperar siquiera escucharse y entenderse a sí mismo.
¿Sé acaso lo que dirán mis palabras;
o, tan siquiera, sé las palabras que voy a decir?...

Y he aquí, hombres, las palabras de un hombre,
uno como cualquiera de vosotros,
ni más sabio, ni más necio que ninguno,
ni más noble ni más ruin,
ni más bueno ni más malo.
He aquí, hombres, mis palabras sencillas y sinceras.
Si nadie antes que yo se atrevió nunca a decir las palabras
que yo digo,

o si ya las dijeron otros, muchos, todos,
eso no quita su verdad y su mentira,
su humanidad, pues.

He aquí, hombres, las palabras de un hombre entre los hombres.

EL POEMA DOS

¿Quién es el que posee la inefable posesión de sí mismo?
No yo,
no tú, tampoco,
ni el amigo del alma que me alarga la mano que no es suya,
ni la dulce mujer que, dulcemente, abandona a mi ardor su
ajeno cuerpo.

¿Quién, pues?... El héroe, el mártir, la madre...
Sí; ellos, todos
dan, ciertamente, pero no se entregan.
Ser, no es tenerse; dar, no es otorgarse.

Y, sin embargo, la misión del hombre
—si es que alguna misión aventó al hombre
al angustiado instante de su tránsito—
es la de poseerse para darse,
darse total y pleno,
darse a todos y a todo;
callada y simplemente darse,
como al aire el perfume que hubo en el vaso roto.
Porque —¡sabedlo bien— el hombre
es solamente el conductor de su hombre
hacia los demás hombres!

EL POEMA TRES

Déjame, hermano, que te compadezca.
Pero, a tu vez, hermano, compadéceme.
Es tan fútil el tiempo,
tan vacío el espacio,
por los que, a tumbos locos, caminamos.
Es tan árido y frío el valle de la vida.
¿Qué destino, qué fuerza, ni siquiera qué orgullo?...
Tú y yo apenas a la mitad del puente
biológico que va del protozoo al hombre.

Compadéceme, hermano,
y deja que, a mi vez, te compadezca.
Solos, hambrientos, miseros,
mustios, insonsolados...
Barcos sin timonel y sin velamen,
sin arribada y hasta sin naufragio...

Te compadezco, hermano.
Hermano, compadéceme.
Desnudos y dolidos parieronnos las madres.
Inermes y desnudos tornaremos al seno de la Madre.

Nada mío es de mí;
nada de ti es tuyo:
tus pasos, impulsados de otros pasos,
los das para impulsar los pasos de otros;
mi voz no es sino el eco de otras voces
que también de otras voces ecos fueron...

¿Quién, pues, entonces,

y por qué y para qué nos otorgara
el usufructo pobre de una carne que duele
y el triste privilegio de un cerebro que piensa?...

Mas, no me compadezcas.
Tampoco yo te compadezco, hermano.
Los dos, compadezcamos o envidiemos o sumémonos
a los que se debaten ignorando
que la vida es trajín y no camino,
y la muerte una puerta
por la que no se va a ninguna parte.

EL POEMA CINCO

Te digo que, si hay algo
que valga en ti, nó, no es el pensamiento,
no tampoco el ensueño.
Tienes garganta: grita.
Tienes puños: golpea.
Tienes odio: destruye.
Tienes fuerza: edifica.

Te digo que el destino
del vegetal, del animal, del hombre,
es único: trabaja.
Y hasta te digo que las cosas mismas
trabajan a su modo, y es su modo el más sabio.

Te digo que, en la vida,
—lenta evaporación de nuestras vidas—
sólo sobrevivimos si creamos.

¿Y cómo crea el hombre
mejor que con el verbo?

En verdad de verdad te digo: las palabras
más sabias nada dicen, pero es fuerza decirlas.

EL POEMA SEIS

Ay del hombre extraviado en la tremenda
soledad del tumulto.
Ay del hombre perdido en el silencio
del vocerío de la multitud.

Si de la amante te apartó el hastio,
alégrate, hombre.
Si la traición te arrebató el amigo,
alégrate, hombre.
Alégrate, hombre,
y vé en ávida busca de ti mismo.

Y cuando, tras de muchas
exhaustadoras caminatas
por selvas y desiertos,
a mil quimeras de los otros hombres,
te encuentres a ti mismo;
olvidate, hombre,
de todos y de todo;
yace en la soledad y en el silencio
y sé perfecto,
y sé feliz,
y solamente entonces presume de ser hombre.

Yo he abrevado en mi pozo
de soledad, las aguas más jocundas.
Yo he escuchado
las voces del Silencio,
diciendo, cual Jesús:
"Venid a mí, los fatigados,
que Yo os descansaré"

EL POEMA OCHO

Para Julio Serrano Castro, alma parens

Esa noche serena,
yo fui serenamente hacia la Noche.

Quedáronse en mi cueva
propósitos, angustias y preguntas.

Como en la tumba,
desnudo y quieto,
yo, un hombre,
me hundí en la Noche.

Nada la interrogué; nada me dijo:
fue como un éxtasis de amantes,
sin palabras y casi sin suspiros;
ella, investida de silencio y calma;
yo, transido de calma y de silencio.

El azul infinito nos guiñaba
un estremecimiento de luceros.

Al volver —ni más bueno ni más sabio—,
en las manos llevaba
alguna cicatriz para mis llagas!

EL POEMA DIEZ

A mi Leopoldo Benjamín

Escúchame, hijo mío;
es ésta toda la Sabiduría
(Sabe bien poco el sabio que no sabe
que nada sabe la Sabiduría)

No pretendas ser bueno:
basta con ser humano.

Si intentaste captar una estrella, conténtate:
conque tu ávida mano refugie a una luciérnaga.

Es el amor amargo, pero, sin su amargura,
la vida careciera de dulzura.

La fórmula del pleno amor consiste
en dar más goce que el que se recibe.

Mientras más poco pidas a la Vida,
más te sabrá lo poco que la vida te entregue.

Cual cocuyos titilan las estrellas,
y como estrellas brillan los cocuyos.

Llora una pasión trunca, mas no sufras
un amor que agoniza en el cansancio.

Todo en la vida es poco;
nada en amor es mucho.

Es mejor que ser grande,
ser amado.

Siempre que ames, convéncete
de que es ese el amor único de tu vida.

Más que la gloria eterna
vale el amor efímero.

Antes que la vida te gaste,
gástala tú, viviéndola.

Date todo al amor, aunque, después,
tu pleno amor no te devuelva nada.

Busca a los hombres fáciles
y a las hembras difíciles.

Serán muchas mujeres tu placer,
pocas tu amor,
ninguna tu felicidad.

Dice el necio: "Yo sueño, yo quiero, yo pretendo";
no dice nada el sabio: el sabio hace.

EL POEMA ONCE

Tienes que irte;
al limo tornarás a reintegrar tu limo;
nada más que tu limo irá contigo;
el resto —todo, ¡oh mísero!— quedarás en la Vida
que nada habrá perdido cuando pierda tu vida.

Seguirán titilando los luceros,
ladrándolos, tu perro,
los amantes besándose,
cociendo pan los hornos;
mas tú... tú te habrás ido!

Tienes que irte, más tarde o más temprano;
y la cálida tierra que germina la magnolia y el cardo,
será para tu frío tan solamente frío.

¿Qué haces, pues, que no vives, tú que apenas existes?...
¿Qué haces, pues, que no vives mientras dura tu vida,
tu pobre vida efímera y sin rumbo?...

EL POEMA DOCE

Ahora cantaré mi canción optimista.

¡Cuán hermosa es la Vida!

Hasta mi tumba misma
calentará el calor del seno de mi madre.

(Madre: por tu lejana presencia, he perdonado
esta angustia de ser que con el sér me diste,
y hasta el dolor sin nombre ni medida
de hallarme desplazado de tu vientre
al río de dolores de la vida.
Mas, escúchame, madre: si me amabas,
¿por qué en tu entraña no me retuviste?...
¡Pero te tengo, madre, todavía,
lejana y dulce!...)

¡Cuán hermosa es la vida;
aún mi madre vive,
y me viven tres hijos,

más que tallos, raíces
de mi árbol en la tierra!

Me entregan, jubilosas,
su olor las flores,
sus caricias sin manos, la brisa,
y se me dan, jucundos,
los paisajes, el cielo, el mar,
la canción de los pájaros,
y hasta, de cuando en cuando,
el beso de la boca de una mujer deseada.

Y, porque no pretendo descifrarlos,
sus mensajes me envían las estrellas,
en silabeos luminosos
que no hace falta comprender...
Al crecer, las espigas me dilatan el pecho,
y me empapa de amor el amoroso "tugar" de las torcaces.

¡Cuán hermosa es la vida!
¡Oh confortante
perfume, el del pan nuevo!
¡Oh impolutas alburas del vellón del cordero!
¡Bestias y cosas: todo es puro,
cordial y bello!

Un día,
hartos de luz, los ojos cegaránse,
ahitas de caricias, se aquietarán las manos,
silenciará la voz, enronquecida de canciones,
dejarán de vibrar los nervios y los tímpanos,
y —¡oh descanso sin fin y sin reservas!—
en las arterias cuajará la sangre...
Mas, la vida,
en otras formas de más brillo acaso,
a través de quién sabe qué iluminadas metempsicosis,
seguirá siendo bella para mí y para todos!

EL POEMA CATORCE

No te acojan, hombre,
la maldad, la injusticia ni el destino.
Todo es obvio, planeado, necesario;
cuanto sucede está bien sucedido,
Además, es posible
que en las estrellas esté todo escrito...
Sé tú dócil, sé manso,
y vive como puedas la vida ineluctable.

Mas, si consuelo necesitas, piensa
que, aunque parte del plan, célula eres
del planificador; que tu sonrisa
y tu llanto, tu esfuerzo y tu derrota,
acordes son de la armonía eterna,
como el peso de un átomo de polen
es unidad del cósmico equilibrio.

EL POEMA DIECISIETE

Esta es mi mano, amigo;
y éste mi pan que ya es tu pan;
y ésta la casa tuya por ser mía;
siéntate a nuestra mesa,
y partamos la hogaza y la alegría.
Y no te esfuerces solapando al lobo
que, un día u otro, ha de imponerse:
cuando lo quieras, sin recato, amigo,
muérdeme y huye.

Mi corazón es todo tuyo, amada,
y es todo tuyo mi destino, como
mis esperanzas y mis ambiciones.
Quieres mi vida? Tómala.
Desde ese lecho, convertido en trono,
impera sobre mí definitivamente.
¿Quieres más? ¿Algo, acaso, he reservado?...
Perdón, amada mía: éste es mi amigo!

EL POEMA DIECINUEVE

Persiguiendo ambiciones en los días,
y en las noches sembrando interrogantes;
cazadores de sombras,
acosadores de fantasmas,
hombres, ¿qué hacéis?...

¡Y es tan simple la vida,
tan hermosa... y tan breve!

Dadme a mi una alegría,
una sola alegría,
la más pequeña de las alegrías:
que una flor me perfume,
que me llegue una música distante,
que haya en mi boca un trozo de pan nuevo
o una dulce palabra sin sentido,
y, si es posible,
que unos labios amantes la besen...
Mas, si nada de aquello me es dado,
yo aprenderé a vivir del puro goce
de aún sentirme vivo.
Por el resto, vosotros inquietaos,
acosaos, mataos...

Tan hermosa es la vida y es tan simple y tan breve!
Decid, pues: ¿qué os aturde,
huéspedes transitorios de la tierra,
futuros inquilinos perpetuos de la nada?...

EL POEMA VEINTIUNO

Si alguien te enrostra: "¡Te has equivocado!",
y aún, rabioso, te acusa: "¡Claudicante!",
no niegues,
no protestes,
ni te avergüences
ni te irrites;
no repitas tampoco el evangélico
"Quién libre esté de culpa..."
Si tu censor es sabio, exhibele tu credencial de humano;
y, si es necio, sonríele y aléjate.

Y continúa errando;
y marra, si no puedes evitarlo;
al fin, hombre, no eres más que un hombre...
Pero, asimismo, hombre, no eres menos que un hombre;
y has de bregar, y has de luchar, y has de caer,
y volverás a erguirte y seguir tu viaje,
sin hacer disimulo de la herida
ni esconder ante nadie las manos enlodadas.

Porque, entiéndelo, hombre:
no es culpable quien yerra; es culpable quien calla;
malvado no es quien cae, sino quien no camina.

EL POEMA VEINTIDOS

Cuando se va mi amiga,
suave y sencillamente la digo: "Buen viaje;
que tu nuevo camino sea mejor que el que juntos caminamos,
y más dulces y ardientes los besos del amante nuevo;
no te reprocho por dejarme; alégrate
de que otro amor te espere
con vino viejo pero en copa nueva..."

Cuando se va mi amiga
—os lo confieso—, agrádame
la difícil y triste sonrisa
que se esfuerza en poner ante mi despedida
sin injustas protestas y sin besos mentidos.

Pero, al quedarme solo... ¡Bah:
la soledad y yo somos viejos amigos!

EL POEMA VEINTITRES

Si tú supieses, hombre,
la suma de las ciencias de los hombres,
y aún supieses
la suma de la ciencia de los dioses;
si numerado hubieras las arenas
y las gotas —sal y agua— del océano
y los hilos de luz de las estrellas;
si tu sabiduría penetrase
la clave indescifrable del Destino,
el cálido misterio de la Vida
y el arcano de hielo de la Muerte;
si entendieses los **cuáles**, los **cuándo**s y los **dónde**s,
y no te torturasen los **por qué**s ni los **cómo**s;
si todo lo supieses, todo, todo,
todo, menos amar,
nada sabrías, hombre.

Pero si fuesen tuyos
los tesoros del centro de la tierra,
las riquezas del fondo de los mares,
los veneros del seno de los astros;
si poseyeras
voluntades e imperios,
la tierra, el aire, el fuego, el agua,
los hombres y las bestias,
y la creación entera se apretase
en los avaros cuencos de tus manos;
si todo lo supieses, todo, todo,
todo, menos amor,
nata tendrías, hombre.

Mas, ¡oh, hombre!, si, un día,
sobre tu sola espalda gravitaran
un mundo de miserias,
un universo trémulo de angustias
y un ilimite cosmos de pavuras;
sí, un día, te aplastasen
todo el dolor de ser que hay en los seres
y el dolor de no ser que hay en las cosas;
si te estrujaran juntas
la pena de la vida,
la pena de la muerte,
y todo lo sufrieses y sufrieses en todo
y por todo y con todo,
menos de amor,
de nada sufrirías, pobre hombre!



EL POEMA VEINTICINCO

Un día que llegará de fijo,
una hora que sonará de fijo,
porque todo en el mundo
tiene su día y su hora ineluctables;
un día y una hora que, de fijo,
alguien nos apuntó en alguna parte
y ahí se están previstos desde siempre;
un día sin consuelos ni esperanzas,
una implacable hora de terrores y angustias sin medida,
un día, una hora, un exacto momento
breve como un suspiro, leve como un suspiro,
yo, como tú, como los otros,
como los del ayer y del mañana,
¡yo... yo...!

Y algo me cercará como en abrazo,
algo me abrazará como en un cerco.

Y nadie, ni yo mismo, defenderá mi vida;
y a nadie, ni a mí mismo, podrá asirse mi vida;
y en nadie, ni en mí mismo, pervivirá mi vida;
pero ni tan siquiera
a nadie, ni a mí mismo, le importará mi vida;
y nadie, ¡ay!, ni yo mismo,
percibirá el rumor de mi silencio,
mi gran silencio...

EL POEMA VEINTISIETE

"Esta es la norma", me dijeron.
Yo, jurando la norma,
echéme a caminar por su camino.

Aspero era, y sombrío, y doloroso,
pero lo anduve con la frente erguida
y los pies firmes.

Apenas unos pasos había dado,
unos pasos apenas,
y me encontraba solo.

Nadie a mi lado, ni después, ni antes;
mas seguían sonando, imperiosas, las voces:
"¡Esta es la norma!"

Sin sostén, sin aliento,
caí diez veces
Mi corazón rompiase de pavor y amargura.

Si alguien, hombre o dios,
acudió a socorrerme,
ese, ahora, me acuse y me condene.

EL POEMA VEINTINUEVE

¡Oh, por favor, que alguien me diga
hacia dónde conduce el camino
por el que voy a tientas como un niño perdido!
Un soplo de mi fiebre ha apagado mi faro de esperanza;
y, una noche maldita,
estrangulé a mi amor, ingenuo lazarillo.

Y ya no quiero luces, manos, voces...
Tampoco quiero besos...
Dejadme ahora solo, solo, solo.
Dejadme ahora solo... De poderlo,
huiría a mi sombra y a mi espectro.

Pero quiero saber... ¡Que alguien me diga
el lugar en que acaba este sendero
por el que voy a tumbos, como un ebrio!

EL POEMA TREINTA

No sé por cuál absurdo derrotero
mi ruta de huracanes ha enfilado
este desfiladero de silencios.

¡Inefable quietud! Risas y llantos,
esperanzas y angustias: todo mudo.
Cierto, no hay rosas, mas tampoco cardos.

Ni luz ni sombra, ni calor ni frío;
ni una armonía, ni un olor, ni un vuelo;
pura serenidad, puro vacío.

¿Dolor?... ¿Placer?... ¿Amor?... Fallidos ecos.
De la mujer, apenas un recuerdo,
un mal recuerdo.

¡Qué bien se está! ¡Cuan suavemente halaga,
con el desgano plácido de todo,
el anhelo dulcísimo de nada.

He de esperar aquí, sereno, fuerte,
la tímida llamada del Ólvido
y el reclamo imperioso de la Muerte.

EL POEMA TREINTIDOS

Tengo yo mi verdad;
tienes tú tu verdad;
cada uno de los otros tiene también su verdad.
Pero no me preguntes si mi verdad es verdadera
o lo son tu mentira o las mentiras de los otros;
nadie se lo pregunta a nadie:
ninguno tiene otra contestación a esa pregunta
que el "¡sí!" que únicamente puede darse a sí mismo.

¿Qué cuál es, entonces, La Verdad?...
Nadie podrá saberlo en un siglo de siglos,
ni en un siglo de siglos de siglos.

Pero, escúchame bien:
¡ay de aquel que no sepa, o no pueda, o no quiera
hacer Verdad de su verdad
—asi fuese ella la más ruin de las mentiras—
sellándola con la última gota de su sangre!...

EL POEMA TREINTITRES

He consultado en los libros,
he discutido con los sabios,
he interrogado a las estrellas,
he investigado oráculos,
he descifrado sueños...
¡Y nadie sabe nada!...
¡Nada me ha dicho nada!...

Héme aquí, tras cincuenta años de escuela,
cegado y tartamudo
ante el abecedario de la Vida.

¿Quién soy yo, entonces,
y cuáles son mi origen y mi meta?...
¿Para qué se me trajo?...
A dónde se me lleva?
¿Cuál sino me conduce?...
¿Qué mensaje conduzco?...
Y, sobre todo —¡sobre todo!—,
por qué este errabundear, que ya es suplicio,
de cazador de sueños imposibles
y sembrador de estériles palabras?...

EL POEMA TREINTICUATRO

Duele la carne, duele el pensamiento,
duele la inspiración, duele el amor.
¿Y el dolor de nacer, y el de la muerte?...
¡La gran verdad vital es el dolor!

EL POEMA TREINTICINCO

Mi juventud te odió como se odia
lo que no se comprende, lo que no se posee;
¡y eres tan dulce, soledad,
tan buena!

¡Cuánto esfuerzo gastado en huirte;
cuánto miedo empleado en temerte,
cuánto amor prodigado en odiarte!...

¡Oh soledad, mi soledad,
lo más mío de todo lo mío,
quizá lo único mío:
qué bien que sabes compensar con creces
todo lo no logrado y aun todo lo perdido!

¡Soledad!... ¡Soledad!... ¡Pobre del hombre
que no te acepta como un don,
busca como un tesoro,
toma como a una amante,
y engendra en ti sus hijos,
los de su pensamiento, los de su corazón.

EL POEMA TREINTISEIS

Y si todo, hombres, bestias, vegetales y cosas,
lo que oigo y veo, lo que palpo y siento,
tan solamente fueran creación de mis sentidos,
mis farsantes sentidos?...

Si cuanto me rodea

—astro, flor, rascacielos y hormiga,
mujer que besa, amigo que traiciona,
muchedumbre bullente, universo infinito—,
si cuanto yo presiento

—tiempos y orbes remotos y mundos estelares—,
si cuanto amo

—madre lejana, hijos, amigos,
horizontes de infancia, aire y tierra de patria—,
y cuanto temo

—dolor, olvido, tumba, nada—,
fuese ficción, mentira, trampa?...

Si solamente yo, yo tan sólo viviese?

¿Si hasta mi propia vida sólo fuera otro engaño,
otro torpe autoengaño?...

—Qué soledad para este solitario,
qué descanso, qué alivio—...

Nada existe sin mí;
en mí y para mí están todas las cosas;
al cerrar yo los ojos, se borra el universo;
seres y estrellas mueren, cuando no pienso en ellos;
ni aman ni odian ni son tales mujeres las que yo no poseo;
yo soy la verdad única;
lo demás, sombras, réplicas,
lucubraciones de mi pensamiento...
Tal fuera mi doctrina;
mi doctrina tal fuera, de no haberla
ya desacreditado unos agrios filósofos.
¡Oh, dadme, dadme, dadme un diminuto
y virgen pradezuelo, en el que pasten
—famélicos rebaños— mis ideas!

EL POEMA TREINTISIETE

Seguro estoy de que ya ronda cerca,
clavadas a mi espalda sus dos cuencas sin ojos
y rozando mi carne con su cuerpo sin carne.

Es, a veces, un golpe que me detiene en seco,
y a veces, nada más un calosfrio
que me hiela la sangre, que me cala los tuétanos.

Si siquiera llegase por la noche, callada,
y del sueño, sin trance, me saltase a la nada...

Pero es cruel, y se anuncia;
riendo de mi miedo mi impotencia escarnece;
a mis propios oídos afila la guadaña...

Lo sé: vendrá hacia mí cínicamente,
se acercará pasito a paso,
y me herirá de frente,
a medio sol, cualquiera día de éstos.

¡Sálvame, madre, sálvame!...
¡Defendedme, hijos míos!...
¡Amigos, aferráos
a mis hombros, mis brazos y mis piernas!...
¡No dejéis que me lleve; no quiero irme!...

INTERLUDIOS DE AMOR

PRIMER INTERLUDIO

Oh tú, la dulce que a mi orilla arribas,
prófuga del lucero más distante.

Tu juventud sobre mi otoño irrumpe
como una retrasada primavera.

¿Sabrán tus labios besos imprevistos?
¿Traerásme nuevos estremecimientos?

Yo no sé si es perfume o es caricia
tu queda voz de caracol marino.

Acostada a mi vera lasamente,
dulce, tibia y fatal, ámame y calla,

Sumados tu silencio y mi silencio,
la cifra exacta den del Infinito.

Sobre mi paz inválida, tus ojos
sinfoníen su Allegro en Sol Mayor.

SEGUNDO INTERLUDIO

Has hecho un signo,
dicho una palabra
y apenas preludiado una sonrisa...

Yo iba, sereno y triste,
a cuestras mi bagaje de recuerdos,
y el corazón exhausto de esperanzas.

Todo fue en un minuto, en un minuto
en que cupieran diez eternidades.

¡Una sonrisa, un signo, una palabra!...
¿Fué de llamada el signo?...
¿De amor fué la palabra?...
¿Prometi6 la sonrisa?...

Yo sé que nada sé sino tu nombre,
¿oh Inefable!
y que todo mi yo qued6se trémulo
ante la beatitud de tus ojos impávidos.

Me he quedado aguardando
otra voz, otro signo, otra sonrisa...
Pero no pestañees,
o harás ineluctable mi naufragio!

TERCER INTERLUDIO

¡Cuán poco existe entre los dos, oh Dulce,
cuán poco, casi nada:
anhelo opaco, tímido deseo,
frágil temblor de cándida esperanza,
fugaz presentimiento de caricia,
tenue melancolía resignada,
nonatas ilusiones,
quimeras degolladas...
y algo trémulo y lánguido y errático
que viaja de la tuya a mi mirada,
cual de la una a la otra orilla un barco!

¡Cuán poco existe entre los dos, oh Diáfana!...

CUARTO INTERLUDIO

¡Dulcísima dulzura
la de tus ojos dulcemente dulces;
dulzor inenarrable, sutilísimo, cándido,
que sintetiza toda la dulcedumbre humana!

Pienso que si me miras dulcemente,
endulzarás mi vida, pobre vaso de lágrimas.
Pero cuando me miras, tengo miedo
que resbalen tus ojos sobre mi hiel amarga
y aun tus miradas sean, contra mis penas, vanas.

¿Sabías que mi espíritu agoniza?...
¿Te he dicho que mi mal es incurable?...

Pero dame el hechizo de tus ojos,
¡dulcísima Inefable!
tus miradas me alienten
el alma, y anestésienme la carne;
y, pues voy a morir, siquiera sea
intoxicado de mirarte...

¡Oh Dulcísima: dame
de toda tu dulzura, la que cabe
en los cuencos minúsculos de tus manos ingravidas!

QUINTO INTERLUDIO

¿Cuál vereda de luz has recorrido,
qué golfo de dulzor atravesaste
—tan bella, fina, sensitiva y frágil—,
por arribar hasta mi arisca orilla?...

Húmedas de ansiedad traes las manos,
tibia la boca, las pupilas turbias:
¿improntas de quimeras insepultas,
o primicias de amor definitivo?...

Que vienes para siempre lo atestiguan
tu infinito bagaje de ternuras,
y, en el pueril asombro de mi otoño,
la total evasión de mis pesares.

Aquí estás con tu gracia y con tu enigma;
y yo ante ti desnudo de recuerdos...

SEXTO INTERLUDIO

Tú, que eres sabia en la sabiduría
de la belleza y la bondad;
Tú, para quien lo excelso no es misterio
ni inalcanzable lo ideal;
Tú, que violaste los arcanos
de la mansedumbre y la diafanidad,
y eres dueña de los secretos íntimos
de la perfectibilidad;
Tú, que tienes citas con los luceros
y con las rosas intimidad:
para mi insípida vida inútil,
para mi gris mediocridad,
sé un tímido rayo de luna
y un ingenuo granito de sal

SEPTIMO INTERLUDIO

A Sylvia

Soñé —¡oh angustia!— que te habías ido.
Yo lo supe de pronto; y aún no admito
cómo ni en sueños persistí en vivir.

Lo supe yo de pronto. Era evidente:
la luz, el aire, el agua morían de tu muerte;
cielo y tierra eran sólo un gran dolor sin fin...

De mi pena, mejor nada te digo...
Se enlutaron por Ti seres y cosas;
y hubo una huelga general de trinos,
y una sangrienta mortandad de rosas.

OCTAVO INTERLUDIO

Agobio de lo vasto y lo complejo!...
Inefable: contágame tu limpia
simplicidad de lirio y de paloma:
¡que ya no sepa nada,
que ya no indague nada,
que nada quiera ya sino tu beso!

Y enséñame a reír con los gorriones,
y a ser humilde y espontáneo y fácil,
y bullir y cantar como ojo de agua;
y enséñame a elevarme, dócil, plácido,
tal el perfume de una rosa ajada;
y a deletrear las candidas palabras
que dicen titilando los luceros...

Mas, sobre todo, enséñeme a ser suave
la pia suavidad de tu contacto.

NOVENO INTERLUDIO

Tú, nada más que Tú, sola Tú siempre,
y nada antes ni ahora ni después.
Todo el pasado: ansiarte;
todo el presente: amarte;
y el futuro: tenerte o recordarte.

Tú, nada más que Tú,
nada menos que Tú,
Tú toda y sola.
Tú en la lumbre falaz de mis quimeras;
Tú en la flama voraz de mis deseos;
y en mis sentidos y en mi pensamiento
y en el amor y en el dolor: ¡Tú siempre,
siempre Tú!

¡Tú, Tú, Tú sola y sola siempre.
Nada después de Ti...!
¡Ah, pero sí: después de Ti, la Nada!

DECIMO INTERLUDIO

¿En dónde las palabras fáciles y sencillas
que interpreten mi amor sencillo y fácil?...
¿De qué impalpables terciopelos ágiles
enguantar la avidez de las caricias?...

Como todo lo tuyo,
todo lo para Ti debe ser cándido,
todo inmáculo, plácido y diáfano,
todo nitido, trémulo, eucarístico.

Como todo lo tuyo,
todo lo para Ti debe ser tenue:
iluminar, pero con luz de estrella,
penetrar cual perfume,
y rozar con el roce tembloroso
de ala de mariposa en una rosa.

¡Ah, ser lucero, mariposa, hostia,
lo albo, lo leve, lo sutil, lo límpido;
y decirtelo todo, todo, todo
en sola una palabra, en esta sola: "Mía!"

DE "EL LIBRO MINIMO"

OFERTORIO

Este libro pequeño,
como un nardo que perfume tus dedos.
Como una espina fina que tu carne lacere,
este libro pequeño.
Como brisa que orée tu nostalgia,
este libro pequeño.
Este libro pequeño al que le basta apenas
la plenitud de mi pasión serena.

POST SCRIPTUM

Es como un arco tenso mi esperanza
hacia el cándido blanco de tu ensueño

LOS EXTASIS PLENOS

VIA, VERITAS ET VITA

Soy yo. Llego algo tarde; detúvome en la vía
la esperanza de hallarte detrás de cada espera.
Soy triste. Traigo el alma toda sombras y heridas,
y unos cabellos blancos por muchas penas negras.

Mis ojos están turbios de atisbar entre nieblas;
dobléganse mis piernas extenuadas, dolidas.
Mira en mi frente huellas de dardos y de piedras;
mira mis pobres manos callosas y vacías...

Mas, ¿qué importa?... ¡He llegado! Ya estoy junto a ti, Mia,
y no habrá fuerza humana que me hurte a tu vera.
Vierte sobre mi noche la luz de tus sonrisas;
y sea para mí la paz sobre la tierra.

Sé dócil y clemente: déjame que te quiera;
y en nosotros se cumpla lo que el Destino diga.
Es mi ser algo tuyo que a tu ser se reintegra;
y Tú eres mi camino, mi verdad y mi vida.

DINTEL

No me digas palabras;
calla hasta tu silencio;
¡sí yo sé que eres Tú!

¿Dónde tardaste, Amada?
Ya canté la balada
de la inútil espera.

Pero, ven...
Bajo el alero
tibio y precoz de mi otoño,
abráseme el refugio de tu regazo virgen;
y en la copa entrañable del mutismo
escanciemos el vino de los éxtasis lentos.

SOY ASI

No auscultes mis arcanos
ni sondes mis pretéritos oscuros;
resígnate a ignorarme,
y déjame mi rictus de cansancio.

Yo soy así;
y así me doy.
Tómame Tú con mis contradicciones,
u olvídamme, perdido
adentro de mi propio laberinto.

No he pedido la guía de tu mano.
Sólo quiero tus labios para el ósculo.

Toma mi boca
agria por el dulzor de besos nuevos,
exquisitos,
lejanos.

Toma mis manos:
saben mis manos las caricias lentas
que desatan anhelos insaciables.

Mas no quieras hurgar en lo esotérico
de mis arcanidades.

Si Tú lo quieres,
tómame como soy;
y dame tus miradas como un puente
tendido entre el Silencio y el Nirvana.

Yo quiero anclar definitivamente
en el puerto cordial de tu regazo.



RECONSTRUCCION

Con los escombros de mis sueños,
en Ti he reconstruido a la Eterna y la Única:
grácil,
leve,
serena;
sutil como la sombra de una sombra;
frágil como el recuerdo de un recuerdo.

Eres como un absurdo cocktail
de todas las mujeres que me amaron
y todas las quimeras de mi vida.

¡Única y Múltiple!
Sola en la infinitud de mis ensueños;
y, en la unidad de mi deseo, varia.

PLENITUD

PLENITUD
de eternidad
y de silencio!

Sólo siento a la Vida
como un soplo delgado
que me viene de lejos.

Eternidad saciada de este minuto inmenso;
silencio saturado de tu nombre.

Tengo miedo:
¿el tremar de los pechos podrá hurtarnos al éxtasis;
el chasquido del beso mutilará el milagro?...

¡Ah, si fuera tan buena la Vida
que nos dejara solos
en este instante claro y absoluto!

AHORA SI...

Ahora sí,
habla.

Dime de todas las pequeñas cosas,
de las cosas minúsculas
que hacen la vida grande y pura y buena;
relátame tus chismes con los pájaros,
y tus intimidades con las rosas.

Está fresca la noche;
es nítido el palor de las estrellas...
... Sí, te estoy escuchando;
pero, déjame:
busco un lucero
recién nacido que aún no tenga nombre,
para ponerle el tuyo.

Y, ahora, bésame.

AUSENCIA

De pronto, se nublaron tus pupilas;
y el idilio cortose como con un cuchillo.

Quizás en el camino de nuestro éxtasis,
puñal en mano, te asaltó un recuerdo;
y yo, que iba contigo, no supe protegerte,
ni lo sentí siquiera.

Pero, ¿iba yo contigo?...
¡Diera toda mi sangre por saberlo!

Era la hora cordial del crepúsculo,
propicia a las saudades y a los presentimientos.
Juraría
que, en la complicidad de la penumbra,
tus labios, sin decirlo, modularon un nombre:
¿el mío?...
¿el del otro?...

Luego, fue una eclosión desesperada
de besos impotentes.
Era el minuto
cordial y postrimero del crepúsculo,
propicio a la mansalva!

CONSUBSTANCIACION

Yo en Ti,
Y tú en mí;
consustanciados
los dos en este pleno amor;
ignorados,
perdidos,
¡redimidos!
y el pan eucarístico del beso
en los labios hambrientos...
Tú y yo,
juntos
¡y solos!,
por sobre la infinita miseria de los hombres,
y bajo la lejana impavidez del cielo.
Y una tranquilidad imponderable;
y una inefable lasitud beatífica,
en el total olvido de hasta el nombre
de seres y de cosas!...

BLANCA Y SUAVE

Es morena tu carne;
pero hoy la he visto blanca, blanca, blanca,
tal como si emergieras
de una fresca ablución de madrugadas;
y te he sentido suave, suave, suave,
con suavidad de pétalo.

Blanca y suave,
suave y blanca:
leche de luna o de alba;
roce de flor o de ala.

S. O. S.

Alárgame el cayado
de tu mejor quimera,
si quieres que no caiga.

Alúmbrame la luz
de tu mayor mirada,
si quieres que no ciegue.

Bésame,
a que no dude.

Háblame de cariño,
para que no desmaye.

¡Te necesito tanto
hoy que todo ha fallado!...
Nunca estuve más triste ni más solo.

Pero ya tengo
la pródiga eficacia de tus manos
y el ensalmo sutil de tus pupilas.

Sigue, ¡Mía!, a mi lado:
¡nunca estuve tan cerca de la Nada!...

CONSUELAME

Ya sonrío.
¿Qué amargura resiste al taumatúrgico
exorcismo de tus pías palabras?...
¿Que dolor no resbala
entre la transparencia de tus manos?...

¡Si tuviera la suave
seguridad de no perderte!...
¡Si siempre me asistiera
el milagro sedante de tu beso!...
Si no pensara el pensamiento huraño
de que, cualquier mal día, has de irte,
lo mismo que llegaste en un buen día :
de improviso,
extrañamente y hasta dulcemente!...

Consuélame, si puedes, de esta pena:
sentirte ajena,
conocerle frágil,
y saberle a la Vida inexorable!...

CLARO DE LUNA

Mírame hondo,
muy hondo,
más hondo;
que en mis ojos se vierta la aurora de tus ojos;
que tus ojos voraces se sorban a mis ojos.

¡Ah, las miradas de tus ojos húmedos,
luceros empapados de rocío!
¡Oh, las miradas mansas
de tus pupilas niñas!...

No le temo a la Vida:
ya para mí alta noche taciturna
tengo el claro de luna de tus ojos.

LASITUD

Qué lasitud!...

¡Y qué remordimiento
de no haberte hallado antes,
cuando mis labios púberes rezumaban los jugos
de la primer canción y el primer beso!
¡ Y angustia de saberté
tantos años ajena a mi deseo;
y dolor de estar cierto de que no me esperaste,
ni yo te esperé nunca;
y tristeza incurable de no haber sido ayer
lo que hoy soy para Ti,
y presentir que ya no lo seré mañana!...

¡Locura vana!...
Como si, ayer
y hoy
y mañana
y siempre,
y nunca,
no fueran lo que son:
sólo una cosa diminuta
guardada en el cofre de un sueño!

LA BUSQUEDA INUTIL

¡Avidez de la búsqueda inútil!...

¿Encontrarte?...
¿Dónde, si estás diluida en mi?...
¿Cómo, si estás en mi pérdida,
y eres como la sal en el océano
ilimitado y sin fondo de mi yo?...

Debiera resignarme:
tengo en mi mismo
tu sabor,
tu perfume
y aún tu suave claridad de aurora.

¡Obsesión inaudita
de desdoblarme para conseguirte!
¡Pavura de sentirte
para siempre hundida,
náufraga en lo inasible de mi esencial!

¡Fanático propósito
de prosternarme ante mi propia forma,
en una narcisista egolatría!...

¡MIMAME!

Por qué será que tengo
este inaudito deseo de llorar?...
El Amor y la Gloria, en Ti, son míos,
tan plenamente míos!...
Jamás Tú me miraste
con la sabia ternura con que ahora.
Nunca te dije yo
palabras más profundas y jugosas.
Hasta las cosas se han contagiado
de la beatitud de nuestro éxtasis.
¿Por qué, entonces, tendré
esta ansia inexpresable de llorar?...

Mas Tú no te entristezcas:
gorjea la mejor de tus sonrisas;
cúbreme en las miradas más amantes;
cántame las palabras ardentísimas
y, si a pesar de todo, lloro,
Tú piensa
que estoy loco,
que soy tonto;
pero pule tu mano en la caricia;
pero afina tus labios para el ósculo;
y mimame
como a un hijo pequeño paralítico.

EN VANO

Ya ves que no valía
la pena de quererme.
Con tu amor sigo triste como siempre
y más.

Si hasta parece que tus besos
agravan mi nostalgia;
y tus brazos, en vez de rescatarme,
cierran sobre mí el cerco de la melancolía.

Y es en vano que ensayes sonrisas optimistas,
mi pequeña locuela;
y en vano que, piadosa,
cuelgues mi alma a secar bajo el sol de tus ojos.

LA CANCION DEFINITIVA

De los vírgenes labios de la Noche
voy descolgando las palabras hondas
que dirá mi Canción Definitiva.

Las silabeaban los luceros
en coros escolares.
Caen húmedas a pristinas nitideces de infancia;
y dan aroma de eternidad distante.

Como nieve, impolutas;
perfectas como sueños;
sonoras y profundas como olas submarinas
(por estar sobre tierra olvidadas la Esfinge)

Tú, que acunaste en tu regazo tibio
mi dolor, como un niño dormido;
Tú, que fuiste
a la vez maternal y fraterna y amante,
propicia a mis fervores
y pia a mis quimeras;
Tú, que supiste
de la caricia trémula y la voz optimista;
sola Tú serás digna
de escuchar mi Canción Definitiva.

LAS TREGUAS

Morigera la fiebre: hoy no te quiero amante;
te necesito madre y te reclamo hermana.
Aprovecha del sueño de hartazgo de la carne
y, con ternura cándida, acaríciame el alma.

Si, soy feliz contigo; pero me pongo triste
de incurable tristeza. Yo no sé qué me pasa...
Atónito y sombrío me halla tu abrazo, como
si velara el cadáver de mi última esperanza.

¿Será por la siniestra carga de mi pasado
que así gritan mis penas que hasta al Deseo callan?...
¿Acaso es que presiento la maldad de tu olvido;
o se estará vengando la carne fatigada?...

Tú sé cordial y buena. Tus ansias apacigua;
y, si llegas a ver que me rueda una lágrima,
no la sorba tu beso: sencillamente sécala,
piadosa como madre, ingenua como hermana.

PARA EL ADIOS

BIFURCACION

He aquí que de improviso hemos llegado
a la bifurcación inevitable.
Dime Tú la palabra postrera de cariño,
y yo tendré valor para el beso suicida.

¡Hemos sido tan locos;
hemos sido tan niños!...
Pero es que era bien dulce ser muy niño y muy loco
entre tus brazos tibios, mi pequeña Dulcísima;
y era inefable
creer que por tus labios la Vida no podría
sino decir verdades y dar besos...

Hé aquí que hemos llegado...
¡Amor el nuestro:
era muy bello para ser eterno!...
No me digas adiós; aunque te quedas,
te vas en mis retinas, mis oídos, mi esencia,
al cercano mañana sin aurora.



LAS PALABRAS INUTILES

Ni mis promesas logran consolarte,
ni saben consolarme tus promesas.
Ya se nos acabaron las palabras;
y es el momento
de los rápidos ósculos
que se repiten torturadamente
porque ninguno quiere ser el definitivo.
Pero alguno ha de serlo...

Después, vendrá lo ineluctable;
el Tiempo y la Distancia
en un mañana turbio de nostalgias;
y el andar errabundos por las sendas dispares
a las que, mutilados de nuestro ensueño, vamos;
Tú arrebuja en tu primer tristeza;
yo acorazado en mi mayor fracaso!...

A Ti,
la juventud —¡bendita sea!—
ha de brindarte
el nepente cordial de los olvidos
y aun el vino
de un nuevo amor más fresco y dulce que el que expira;
pero a mi madurez sólo le queda
su carga de recuerdos taciturnos.

¡Oh dolor
de este amor
que sojuzga un destino irrevocable!
¡Para siempre dispares,
mañana ya estaremos
más lejos de mi última esperanza!

DESDE LA AUSENCIA

VESPERAL

Diluido mi espíritu en la tarde,
el paisaje convive mi añoranza.

El vésper es tan manso, está tan diáfano.
¡Ah, si estuviéramos midiendo
esta hora en la clepsidra de nuestras bocas juntas!

Nubes, vientos y luces, todo es magia,
fina decoración para tu imagen,
adorable Lejana presente.

Perdido en mis saudades, sueño el sueño
de encontrarme ensoñando entre tus brazos,

Te envío mis nostalgias
en tímidos rebaños de palomas;
y es tu recuerdo como un can sumiso
que ingenuamente me lamiera el alma.

DESESPERANZA

Mírame —¡ah, si pudieras mirarme!— aniquilado
de haber errado a tientas, dulce Mia perdida.
Escucha —¡ah, si lograras escucharme!— el satánico
ulular de lobeznos de mis desesperanzas.
Escucha: grito de hambre y sed de tus pupilas.

Mírame —¡ah, si pudieras mirarme!— convencido
y casi resignado: el amor es inútil...
Escucha —¡ah, si lograras escucharme!— el cansado
rezongo de palabras: las que ayer te incendiaban
y hoy ni tan siquiera entibian mi añoranza.

¡Oh agobio inaudito
de esta distancia hermética y este silencio espeso
en los que todo intento de vuelo es irrisorio
y caen los clamores difuntos de los labios!...

Días largos; las noches de celos y vigilia,
sobre de tu recuerdo se acuesta mi fastidio;
y hallo cada alborada siniestras ansiedades
floreciendo en los ásperos jardines de tu ausencia.

¡Un beso, una caricia, una sola palabra
o un sabor; algo tuyo!... Pero el milagro tarda.
Mas ya será el milagro: cualquier buena mañana,
junto a mi odre vacío de esperanza hallárame
irrevocablemente muerto!

OTRO

Otro inquiera el secreto de la Esfinge,
viaje hacia la Fuente de Juventud Perenne,
y descifre en los libros y los astros las claves
del Amor, de la Vida y de la Muerte.

Yo, aquí, sereno, triste, inmovible, impávido;
yo, aquí en mí mismo, sin ciencia y sin anhelos;
náufrago en un océano de quietudes;
perdido en una selva de silencios;
sin impulsos ni estímulos ni deseos ni nada,
sólo quiero sentir cómo me voy muriendo...

Mas, si algo ha de turbarme, que sea el triste-alegre
de un discreto y efimero recuerdo de tus besos.

EX-LIBRIS

A MARY CORYLE, poeta y hermana in-
comparable.

Con los ojos cansados de abreviar horizontes,
y en los pies la fatiga de los largos senderos,
ya estoy de vuelta.
No traigo la luz nueva ni la frescura inédita.

Siempre el mismo paisaje
y el ritornello eterno de la misma emoción;
y en vano las canciones indecibles.
¡Pobre labio marchito por su inútil canción!

Y el asombro de hallarse
irremediamente siempre el mismo,
a pesar de la Vida y a pesar del Amor...

Y el azoro infinito de las manos vacías;
pobres manos estériles,
sin siquiera el tatuaje de una crucifixión!...